

TRABAJANDO PARA LA MÁQUINA

Fragmentos de vida y muerte de un moderador de contenido



HORACIO ESPINOSA ZEPEDA

Texto e Idea original

MIGUEL BOHORQUEZ NATES

Ilustraciones y maquetación



Trabajando para la Máquina - Fragmentos de vida y muerte de un moderador de contenido ©2026 by Horacio Espinosa is licensed under CC BY 4.0. To view a copy of this license, visit <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>



Illustrations and design by Miguel Bohórquez Nates

Suggested citation: Espinosa, H. (2026). “Trabajando para la Máquina - Fragmentos de vida y muerte de un moderador de contenido”. [“Working for the Machine - Fragments of life and death of a content moderator”]. In: M. Miceli, A. Dinika, K. Kauffman, C. Salim Wagner, and L. Sachenbacher (eds.) Data Workers’ Inquiry. Creative Commons BY 4.0. <https://data-workers.org/horacio>



Reforma, PampaType /
Universidad Nacional
de Córdoba
[AR]

AVISO PARA EL LECTOR

El siguiente texto y las imágenes que lo acompañan pueden resultar violentos o generar incomodidad en algunas personas. Se recomienda discreción y sentido común antes de continuar.





“No tengo nada que decir,
sólo que mostrar”
WALTER BENJAMIN



INTRODUCCIÓN

Este texto que tienen ante ustedes es un cadáver despedazado. Esto en varios sentidos. Por un lado porque se trata de un fanzine hecho de retazos de un trabajo más grande y articulado que está por venir, de ahí su cualidad fragmentaria de escrito cuasi-experimental. Pero también porque está hecho con trozos de los distintos cuerpos presenciados durante los cinco años que trabajé como moderador de contenido.

El texto ha sido deliberadamente troceado y expuesto como en una carnicería. Cuerpos masacrados, torturados, prostituidos, explotados, ridiculizados, de distintas maneras y en distintos formatos. Al fin y al cabo, lo que hace un moderador de contenido para Meta, y probablemente, para cualquiera de las otras *Big Techs*, es mirar cientos, miles de cuerpos circulando por la red para después clasificarlos. Aunque la propaganda corporativa nos diga que nuestro trabajo es “proteger comunidades” en realidad lo que hacemos es etiquetar y clasificar.

Este texto no pretende ser un trabajo académico, pero tampoco un simple exorcismo emocional. Su propósito es desentrañar: sacar a la luz aquello que

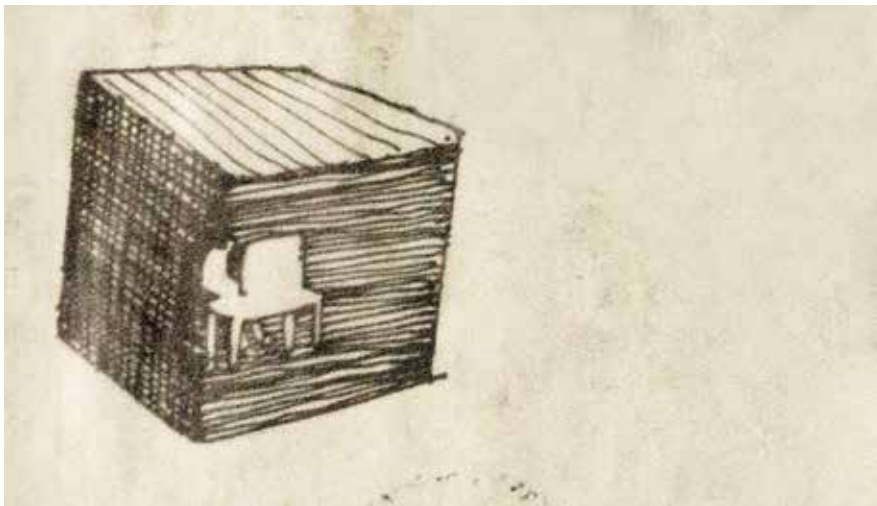
no debería hacerse público, pero que durante demasiado tiempo ha permanecido oculto en el ámbito privado.

¿Cómo es posible que las condiciones laborales de los moderadores de contenido de Meta (Facebook e Instagram) sigan siendo invisibles? La respuesta es sencilla, aunque dolorosa: porque ha existido un esfuerzo corporativo sistemático por ocultarlas. Un esfuerzo sostenido a través de agresivos *Non-Disclosure Agreements* (NDAs) —acuerdos de confidencialidad—, la cooptación de sindicatos, las amenazas, la manipulación... y, sobre todo, el miedo a hablar.

Toda la carga y la responsabilidad de lo escrito recae sobre mí. He trabajado cinco años para una subcontrata de Meta, pero también soy antropólogo. Y es precisamente desde ese doble lugar —trabajador e investigador— que reclamo mi derecho a guardar silencio sobre quiénes son mis informantes. Nadie debería hablar por otro. Cada cual tiene su propia voz. Como investigador, ese principio forma parte de mi ética. Pero esta vez es distinto: hablo en nombre de quienes no pueden hablar por sí mismos.

Esa atmósfera de silencio forzado ha determinado, en gran parte, que el método autoetnográfico sea el empleado. Aunque a lo largo del texto recurriré a conversaciones, recuerdos, entrevistas realizadas expresamente para esta investigación y otros testimonios, el peso central lo sostienen mis propias vivencias. Es un relato narrado en primera persona que toma como contrapunto las experiencias de antiguos compañeros, necesariamente distorsionadas para preservar su anonimato. Ni la cantidad ni la identidad de los entrevistados serán reveladas; debo protegerlos de cualquier riesgo laboral o legal. Cuando sea necesario alterar sus palabras lo haré, pero créanme: lo dicho seguirá siendo cierto. Por momentos, las heridas que deja este oficio son tan comunes, que parece que escuchar a uno equivale a escuchar a todos.

Este trabajo, no habría sido posible sin la comisión, orientación, gestión y ayuda inestimable de la Dra. Milagros Miceli, Adio-Adet Dinika, Camilla Salim-Wagner, Krystal Kauffman y el resto del equipo de *Data Worker's Inquiry*. A todas y todos ellos, mi más sincero agradecimiento. Pero, sin dudarlo este trabajo tengo que agradecerlo principalmente a mis excompañeros en la Torre. El texto está dedicado a los antiguos habitantes de Mordor, obreros en la sombra, limpiando el estercolero digital, cuales modernos sísifos.







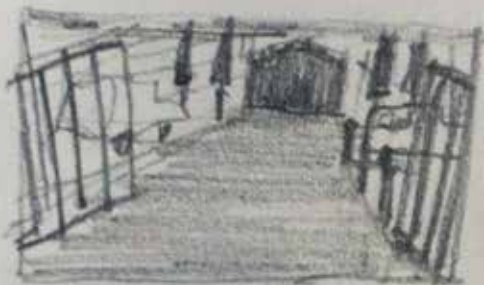
PELÍCULAS DE TERROR

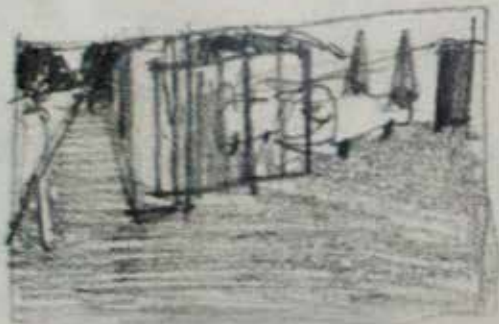
A los pocos días me llamaron para agendar el maratón de entrevistas, tests y más entrevistas. En una de ellas —con el departamento de recursos humanos—, la que recuerdo de carácter más psicológico, mientras hablábamos sobre el tipo de contenido que tendría que evaluar, una de las psicólogas me preguntó:

- “¿Te gustan las películas de terror?”.

Curiosa manera, pienso ahora, que ya sé de qué va el curro, de “medir” la capacidad de resistencia ante la sobreexposición a las realidades más abominables producidas por el género humano. Esa pregunta era más elocuente que cualquiera de las respuestas aleatorias que los candidatos pudiéramos elaborar —afirmativas, por supuesto, que nadie quiere no ser contratado—. La frivolidad de considerar el contenido de las redes sociales como simples “películas” decía más sobre la propia percepción que tenían acerca de nuestro trabajo, que lo que nosotros pudiéramos llegar a responder.

“*Tú imagínate que estás viendo una película*” fue efectivamente el consejo que, desde el departamento de *wellness*, le dieron a una compañera del mercado griego durante una sesión *one to one*, después de pedir sus servicios, en estado de shock, tras haber visto la violación en grupo de una niña. Otra compañera, del mercado australiano, me decía algo en el mismo sentido: que, después de recibir esos “consejos”, se obligaba a ver el contenido como si fuera una ficción. El resultado, sin embargo, era peor, porque le generaba un efecto de extrañamiento, casi esquizofrénico.





UN VIERNES EN CHRISTCHURCH: 51 MUERTOS. 49 HERIDOS.

Durante semanas, el atentado fue tema de conversación. No solo por su brutalidad, sino porque había sido un *Facebook Live*. No era un video que circulaba en la plataforma: era la plataforma misma convertida en canal de transmisión.

La hipótesis —que después se volvió versión oficial— decía que el algoritmo no había detectado la masacre porque el atacante se grabó “a la manera de un videojuego”, un “first-person shooter”, de esos donde el jugador ve el mundo a través del cañón de su arma. El ejemplo que siempre se daba era *Doom*, el clásico: velocidad, disparos, violencia. Según esa teoría, el algoritmo se habría confundido, creyendo que se trataba de un videojuego más.

A mí me parece una versión tranquilizadora. Se le atribuye demasiada inteligencia al asesino. Prefieren pensar que fue un acto calculado, racional, casi brillante en su perversión. Pero la conclusión, me temo, es más siniestra.

La pose del terrorista, la cámara, el encuadre: todo indicaba que de verdad creía estar dentro de un videojuego. No imitaba un formato, lo habitaba. Era un supremacista blanco que había interiorizado por completo la pantalla. Para él, matar era una misión. Una coreografía. Una forma de existir dentro del simulacro.

Esa despersonalización forma parte de la erotización de la violencia: el cuerpo se borra, la acción se vuelve estética, pura descarga. Pero lo inquietante es que no está tan lejos de los consejos que nos daban en *wellness* cuando pedíamos ayuda.

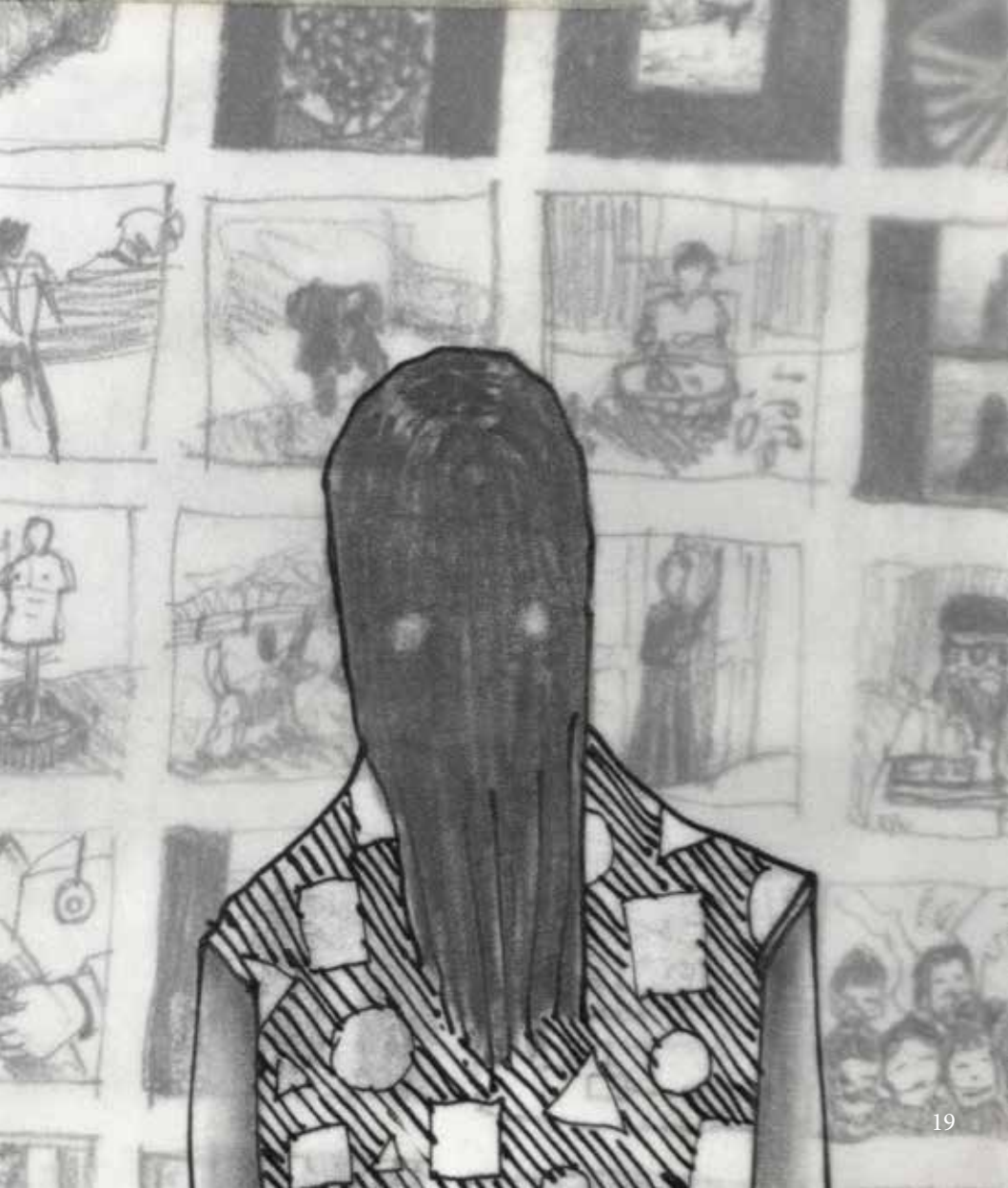
- “Piensen que es una película.”

Sí, claro.

Al final ni el atacante, ni el algoritmo y ni nosotros mismos pudimos diferenciar entre la ficción y la realidad.

ripien
rook.
mbigraa
man vio-
foxes de
nolen mo-
pre puzza
no violen-
to simies
tro de
F.B.





EXTRATERRESTRES

Si un extraterrestre, en su nave espacial, nos observara silenciosamente con algún tipo de instrumental marciano, escuchando nuestras conversaciones, pensaría que somos una especie absolutamente lobotomizada:

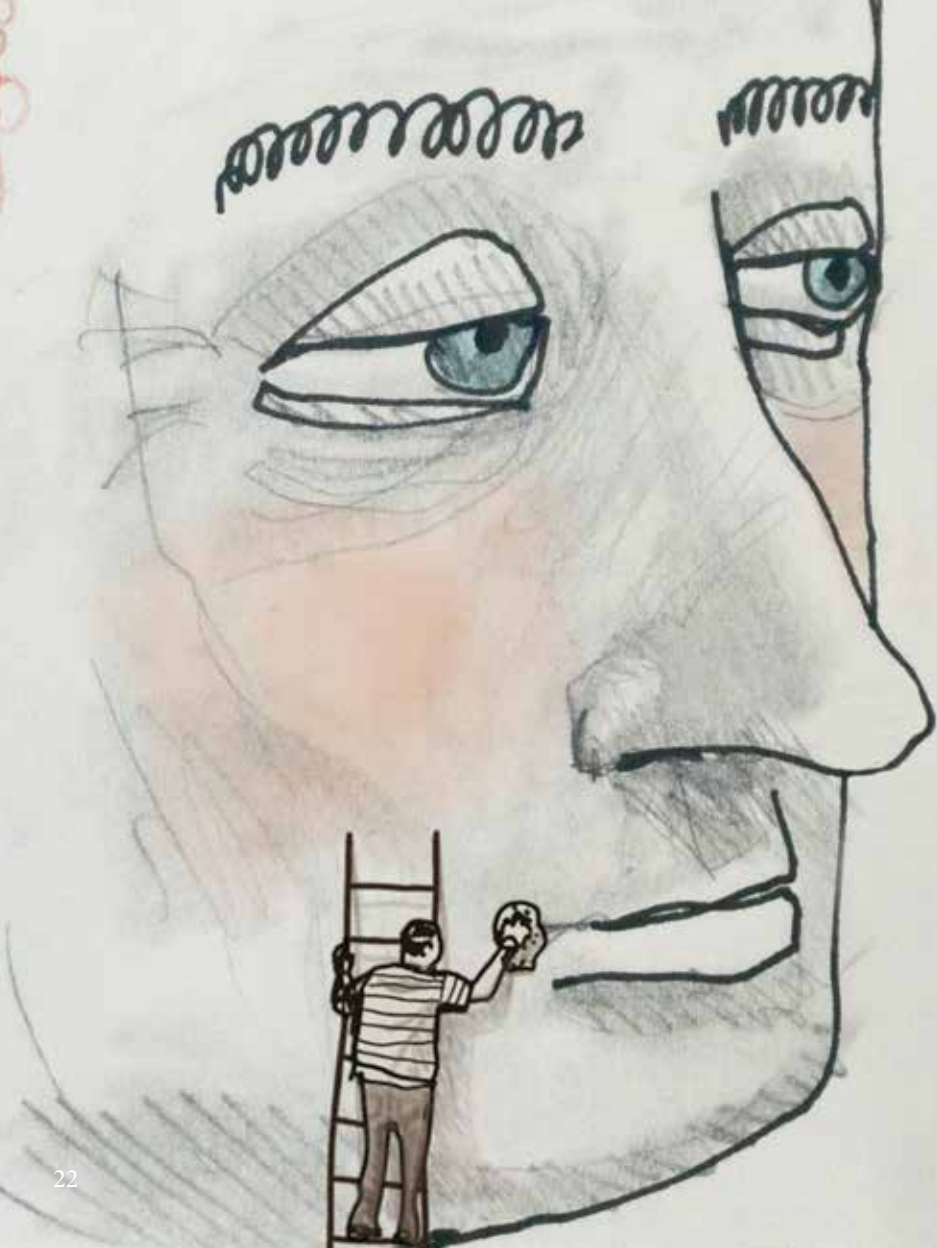
“¿Entonces ahora la aureola forma parte del pezón o ya no?”

“¿A partir de ahora una erección es cuando el pantalón tiene arrugada la parte genital en posición de pie, pero no sentado, porque bla bla bla bla?”

“¿Que el escote de una blusa se considera sexually suggestive, pero solo si se ve la raja en medio de las tetas?”

Había manuales para determinar qué es y que no es “un cadáver”

Las discusiones bizantinas sobre el sexo de los ángeles se quedan en lógicas y coherentes discusiones académicas comparadas con la cantidad de estupideces que teníamos que aprender y desaprender, en un continuo flujo de interpretaciones y contra interpretaciones sobre la nada.



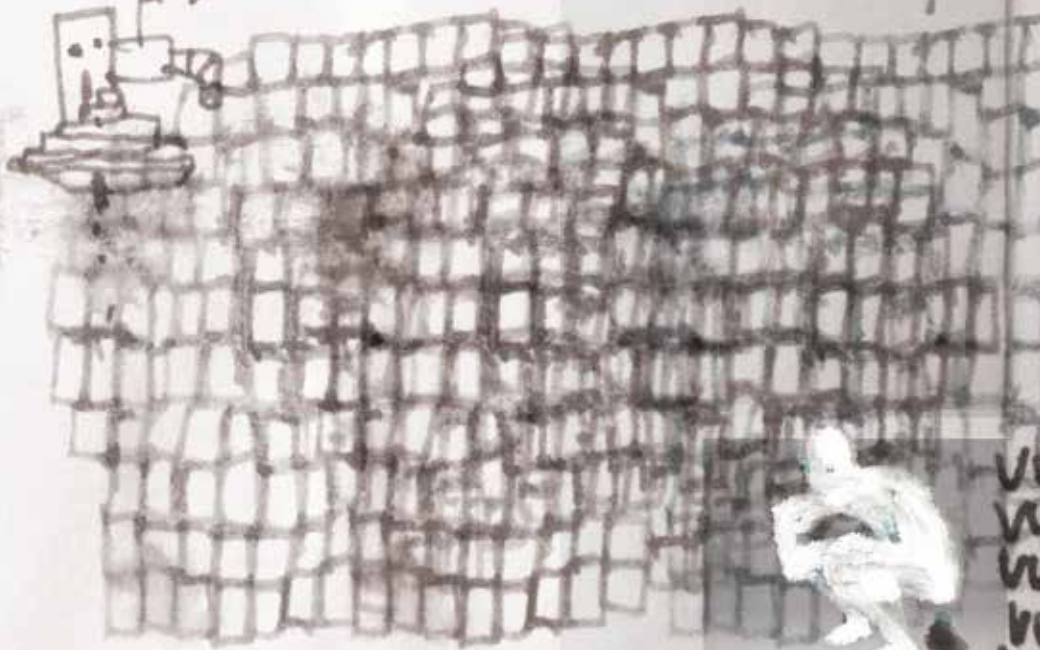
THE CLIENT

No podíamos nombrarlo por su verdadero nombre; había que llamarle **The Client**. Como sacado de una novela distópica cyberpunk, y haciendo honor a su nombre, **Meta**, que literalmente significa “más allá” (del griego μετά) era la única compañía contratante de los servicios de CCC Barcelona Digital Services S.L.U., después **Telus Digital**, que terminaría por comerse a CCC, en un obscuro ejemplo de la animalidad depredadora como motor de la lógica corporativista de las Big Techs. CCC o Telus para nosotros significaba exactamente lo mismo: limpiar la mierda diaria a capricho del señorito Mark.

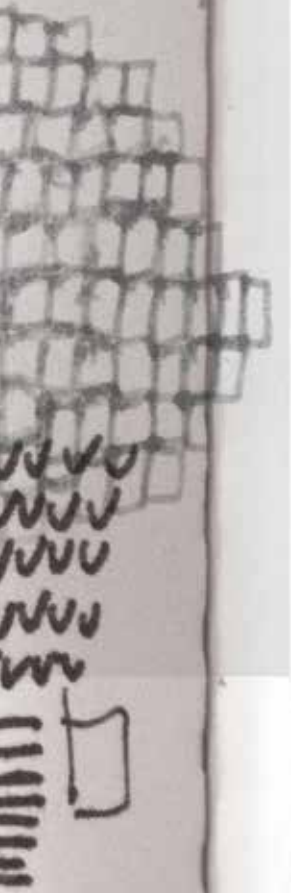
CRISIS DE ANSIEDAD

El compañero, con ansiedad, queriendo salir a toda prisa, se vio saboteado por la confluencia de dos sistemas totalmente incompatibles: la arbitrariedad de una organización laboral altamente restrictiva y el diseño “inteligente” de un edificio poco dado a improvisaciones, rígido y despiadado. Después de que el compañero desahogara su rabia contra el artefacto tecnológico opresor, fue fríamente despedido. Sin compasión. Cuando lo echaron y algunos nos atrevimos a preguntar los motivos, lo culparon: tenía evidentes problemas de control de la ira. Yo pienso que el problema era todo lo contrario: nos habíamos autocontrolado demasiado.





Hand-drawn vertical text on the right side of the page, consisting of several vertical lines and some illegible characters.



1	6	11	16	6	11	16
2	7	12	2	7	12	17
3	8	13	3	8	13	18
4	9	14	4	9	14	19
5	10	15	5	10	15	20

MIERDA EN LAS PAREDES

Hubo una situación que, de tan surrealista, parece obra del rumor, una leyenda urbana producto del inconsciente colectivo. Menos mal que, gracias a mis entrevistados y entrevistadas, he podido corroborar que mi mente no se ha inventado esto que tiene el estatuto de mito. Mi entrevistada del mercado griego, otra del italiano, un alemán, el brasileño y otro del mercado peruano lo confirmaron: había gente que pintaba las paredes de los baños con mierda. No está claro cuál era el mensaje. Las versiones varían: según algunos, eran solo manchas; otros dicen que escribían **FUCK TELUS** o **FUCK META**. No está claro.

Más allá de si la anécdota es verídica o un rumor, lo importante es que el inconsciente colectivo de los trabajadores la ha dado como verdadera y eso tiene la mayor de las importancias, ¿Por qué?, porque de no ser cierto, sería una magnífica proyección de los deseos reprimidos hacia la empresa, satisface simbólicamente nuestra sed de venganza, nuestras ganas de arrojarles a la cara cuánto asco nos provocan sus políticas laborales, sus ansias de control. La venganza no conseguida en el plano real se realizó simbólicamente a través de la fantasía colectiva de llenarlos de caca.





MEJOR NO SOÑAR

La relación de pareja de mi entrevistada se terminó. “No había rutina, ni tiempo, ni ganas”, me diría. Intentar contar lo que pasaba en el trabajo era inútil: los demás no comprendían. Además, cada vez que intentaba explicarlo, las imágenes volvían nítidas a su cabeza. “No se pueden borrar”, decía. “Es como si las tuviera grabadas en el disco duro del cerebro.”

Así que optó por callar. Pero callar también la enfermaba. Su cuerpo pedía auxilio. El sistema nervioso ya no respondía. Acudió al sistema público de salud mental de Cataluña, donde su psicóloga le contó que estaban saturados de casos iguales: gente de la misma empresa, todos con estrés postraumático. La psiquiatra confirmó lo mismo. La trataron con benzodiacepinas, antidepresivos y *Minipress*, un medicamento que suprime los sueños. Lo necesitaba para evitar las pesadillas. Aun así, a veces se despertaba gritando, con el corazón desbocado, sin recordar el sueño, solo el miedo. Una noche su hija la despertó preguntándole por qué gritaba. Fue entonces cuando entendió la magnitud del daño. Nunca había tenido pesadillas así.

En el Institut de Neuropsiquiatria i Addiccions (INAD) del Hospital del Mar de Barcelona se redactó en el historial clínico de una paciente lo siguiente:

Se describe el caso de una mujer de 35 años, sin antecedentes médicos, toxicológicos ni psiquiátricos de relevancia, que acude a nuestra consulta externa de psiquiatría con un trastorno de estrés posttraumático tras cinco años de trabajo como moderadora de contenidos en internet, durante los cuales estuvo expuesta a material visual traumático, como agresiones sexuales y pedofilia.

El cuadro clínico consistía en un año de crisis de pánico diarias y recurrentes, imágenes intrusivas relacionadas con la exposición traumática, pensamientos invasivos, insomnio, pesadillas vívidas, evitación del contacto con su hijo, desconfianza hacia el entorno y miedo intenso por la seguridad de su hijo. El trastorno interfería en su capacidad para trabajar.

La paciente recibió tratamiento psicológico y se le prescribió un ISRS (sertralina); sin embargo, solo se obtuvo una respuesta parcial, con persistencia de la mayoría de los síntomas.





NEGACIÓN COMPARTIDA

Tuve una compañera de trabajo peruana que me dijo que al principio, el trabajo le parecía sorprendentemente soportable. Había memes, contenido banal, cosas que hasta podían parecer chistosas. Pero pronto llegaron los otros materiales: videos sexuales, explotación infantil, pornografía, terrorismo, abuso animal, suicidios. Imágenes gráficas, duras. No era todo el tiempo, decía, no eran ocho horas continuas de horror, pero bastaban unos segundos de ese contenido para que el cuerpo empezara a resentirlo. Durante el primer año creyó que lo tenía bajo control, pero después su salud comenzó a quebrarse sin que entendiera bien por qué. Las noches se le llenaron de sueños extraños. Veía escenas que ya había visto en el trabajo, repeticiones involuntarias de videos que creía haber dejado atrás. Mientras revisaba el contenido pensaba: “¿por qué sigo haciendo esto?”, lo marcaba, lo pasaba, y seguía. Pero después aparecían esas mismas imágenes en sus sueños. No podía dormir bien. No entendía aún que lo que le ocurría era una reacción al trauma.

Dentro de la empresa nadie hablaba de eso. La salud mental no era un tema. Apenas unas pocas personas comentaban entre sí lo que sentían, pero la mayoría lo minimizaba. “Ay, sí, fue feo, pero ya está”, decían. Era una negación compartida. No existían charlas preventivas ni advertencias sobre los efectos psicológicos del trabajo. Nadie nos dijo nunca que podíamos desarrollar insomnio, ansiedad o ataques de pánico. Yo mismo me descubrí teniendo insomnio, algo que nunca me había ocurrido. Seis meses estuve tomando tranquilizantes.

QUIÉN CON MONSTRUOS LUCHA, CUIDE TAMBIÉN DE NO CONVERTIRSE EN UN MONSTRUO...

Ella empezó a notar que el contenido más difícil le afectaba de forma profunda. Los suicidios la dejaban temblando. Verlos en vivo era especialmente devastador. Una noche, durante un turno de madrugada, tuvo que revisar un video en el que una persona se suicidaba frente a la cámara. No alcanzó a intervenir a tiempo. Aquella imagen se le quedó grabada. Lo peor fue que ese mismo día se había enterado de que un amigo suyo se había suicidado. Todo se mezcló: la pantalla, el recuerdo, la pérdida real.

Después de ese episodio comenzó a sufrir vértigos. El primero fue en el trabajo, cuando todo empezó a girarle. Luego, los ataques aparecían en cualquier momento: tomando café, caminando, en medio de una conversación tranquila. No entendía qué le pasaba. Pensó que era algo físico y pasó por varios médicos: traumatólogos, neurólogos, otorrinos. Todos le decían que no había nada malo. Hasta que un psiquiatra le explicó que la ansiedad podía manifestarse también como vértigo.





... CUANDO MIRAS LARGO TIEMPO A UN ABISMO, TAMBIÉN ESTE MIRA DENTRO DE TI

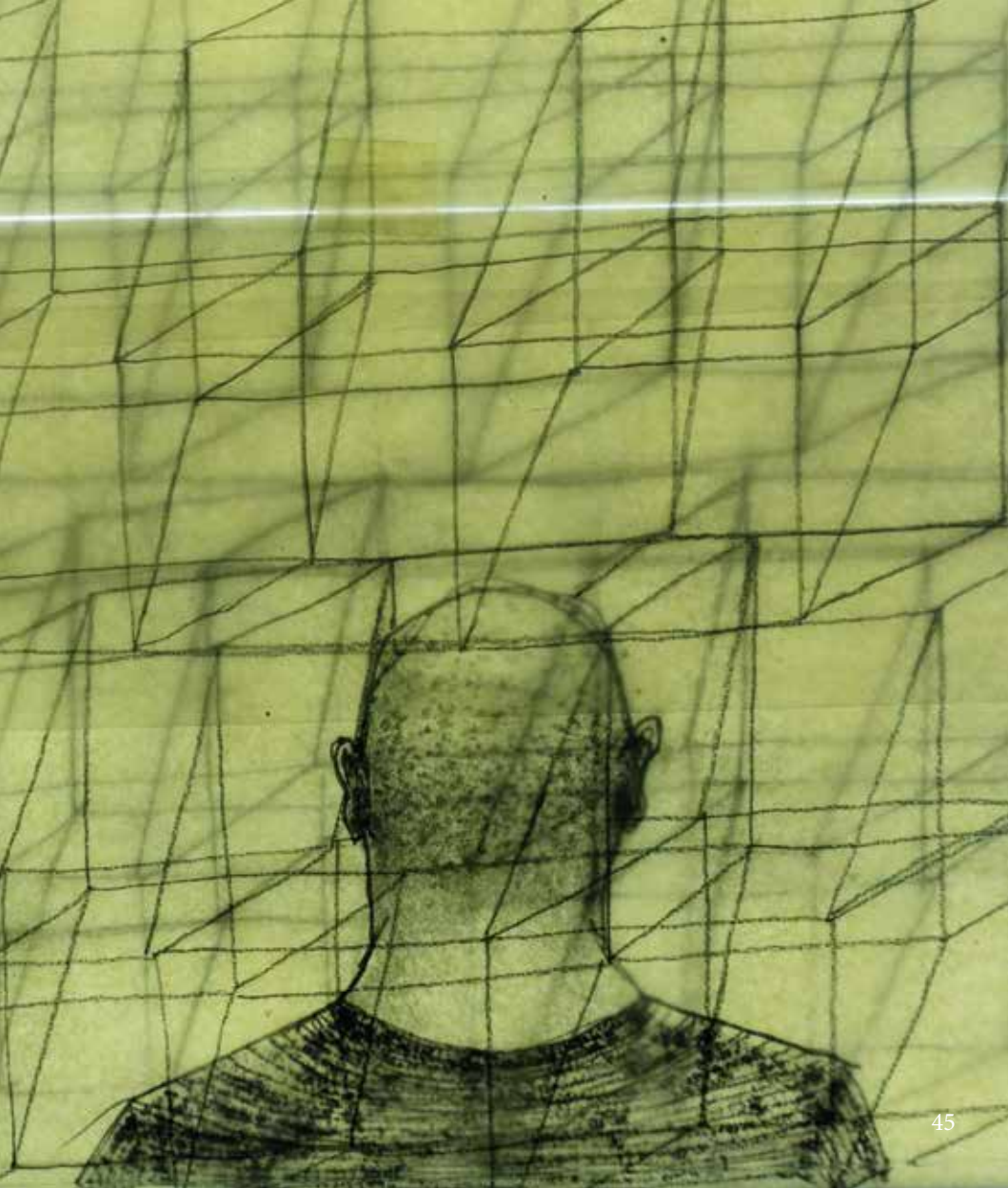
El tercer episodio fue el más devastador. Una tarde, mientras trabajaba sola en la oficina casi vacía, le asignaron un video. Circulaban rumores de que era especialmente duro: una madre golpeando a su hija. Ella vio el video completo, tres minutos y medio, aunque solo debía revisar quince segundos. No pudo detenerse. Lo que vio la dejó helada: la madre, fumando y bebiendo, golpeando a una niña diminuta en una habitación azul, sin muebles. En un momento, la mujer le apagó el cigarro sobre la piel y luego la orinó. La niña era muy pequeña así que tan sólo se colocó encima de ella, se abrió la falda sin bragas y la orinó. Una escena de lo más grotesca.

Tardó en procesar el contenido. Media hora después le sobrevino un dolor de estómago insostenible, una sensación de malestar físico tan intensa que terminó en el hospital. Cómo suele ocurrir, y por más extraño que le parezca a alguien que no haya trabajado en la torre, nunca se conecta el malestar con el trabajo. Ella, en ese momento pensó que había sido algo que comió. Sólo mucho después, en terapia, entendió que el cuerpo le había gritado lo que la mente no podía sostener.



NZ

7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21



LORAR, LORAR Y LORAR

“Sí, yo empecé a tener ataques de pánico que nunca en mi vida había tenido. Todo comenzó a partir de ver un contenido en específico en relación con suicidio, a altas horas de la noche. Estaba trabajando en el horario nocturno, eran como las 4 de la mañana. Cómo era la época del COVID, estaba en mi casa. Ya no estábamos en confinamiento, pero seguíamos haciendo *home office*. Me acuerdo de que, a partir de ese día, ¿Cómo decirlo?, sentí una afectación en ese mismo momento, ¿no? Me puse muy mal. En ese momento me alejé de la pantalla, me fui a buscar algo de comida, volví y mentalmente me quedé en un segundo plano, pensando cosas, bizarras digamos, ya no me acuerdo muy bien que tenía en la mente, pero sí recuerdo de quedarme con esta sensación de que el cerebro va solo, como que ya no hay mucho control, como una abstracción”.

“De hecho, terminé el turno y me fui a dormir. No pasó nada más, pero a los días siguientes yo ya venía con una carga de estrés grande. Esto dentro de mí ya se venía fraguando, ¿no? a los días siguientes empecé a tener ataques de pánico – lo sé después, en ese momento no tenía cómo ponerle nombre - porque tampoco sabía que estaba mal en mí. Me quedaba bloqueado en situaciones muy tontas de la vida cotidiana, pero en las que veía que no funcionaba”.

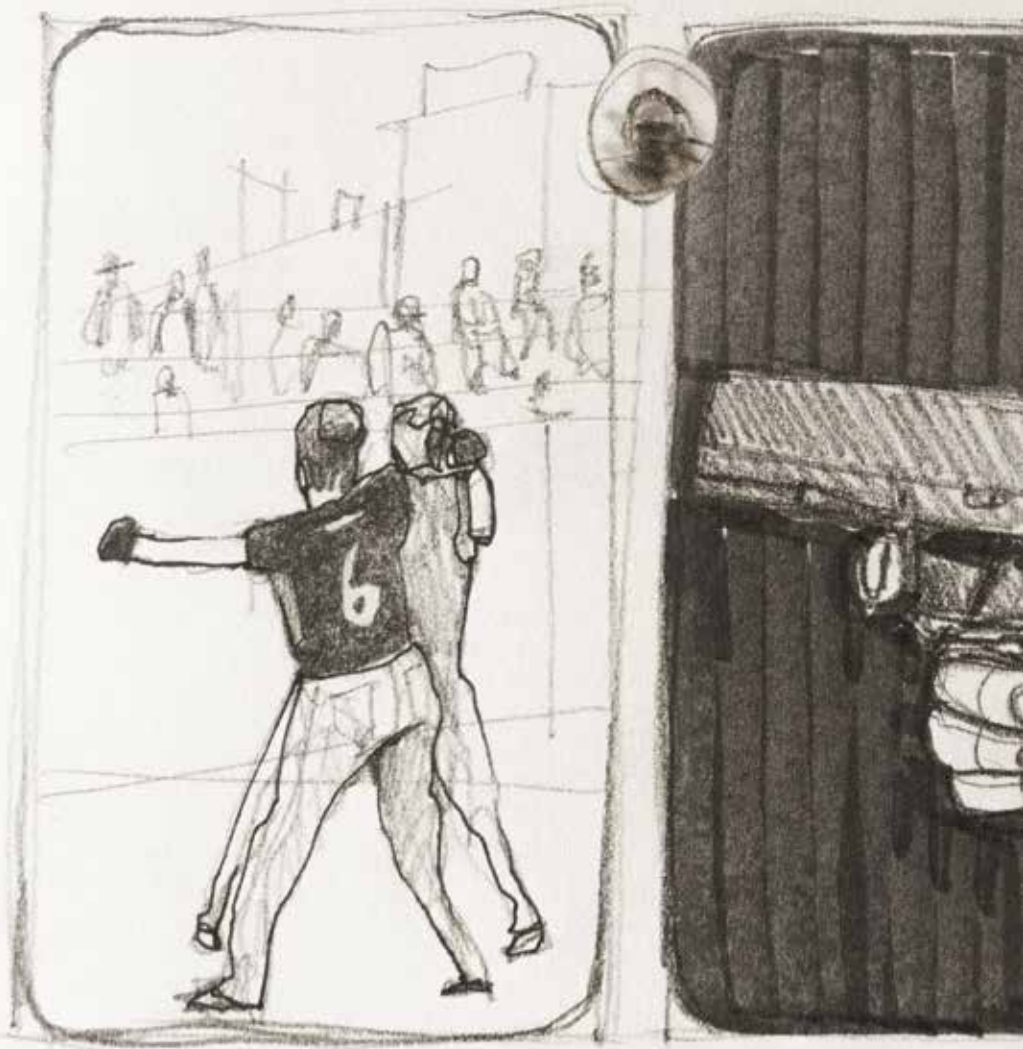
“Me pasó que iba a entrar a mi casa y no podía abrir la puerta, me quedé bloqueado en la puerta llorando, pero no llorando de forma expresiva, sino inexpresiva, es decir, como que lloraba nada más, sin emoción ¿no? Como que mis ojos lloraban, pero yo estaba ahí paralizado, con taquicardia y sin sentir nada. Estaba con una persona, y esa persona entendió lo que estaba pasando. De hecho, me apartó de la puerta, básicamente me tuvo que quitar la mano de la llave puesta en la cerradura. Y ese fue sólo el primero de mis ataques de pánico. Me asusté bastante porque es verdad que yo no tenía experiencia con algo así”.











GROUCHO MARX

Claro está que, tratándose de intereses, la única patria que conocen los multimillonarios es la de su propio bolsillo. Si deja beneficios, son capaces de vender a su propia madre. ¿Principios? Como dijera Marx —pero Groucho, no Karl—: “Si no le gustan mis principios, también tengo otros”. Así que... ¿se imaginan a una empresa sionista defendiendo a los nazis?

Decir “no me lo puedo creer” con cara de asombro sería simple retórica. Por supuesto que me lo puedo creer. De hecho, cualquier cosa me parece perfectamente esperable.

Así, en el contexto de la invasión de Ucrania por parte de Rusia nos llegó la notificación de que debíamos hacer una excepción en la permisividad respecto a la exposición de propaganda, discursos e iconografía nazi **si provenían de ucranianos o de personas que apoyaban al bando ucraniano**. Vaya, que contra Rusia se podía ser nazi y supremacista sin problema.

LA ILUSTRACIÓN OSCURA

Los vínculos de Meta con los gobiernos neo-reaccionarios del mundo son evidentes. Toda la plana mayor de Silicon Valley, incluido Zuckerberg, apareció en la toma de posesión de Trump. Será coincidencia o no, pero ¿no resulta llamativo que cerraran *Mordor* el mismo día del *liberation day* de Trump? Me imaginó a Trump como Hamelin, tocando la flauta y consiguiendo que todas las empresas americanas regresen despavoridas a su madriguera norteamericana a ser arrojadas por *Daddy*.

El día que nos echaron de *Mordor* para siempre, alguien compartió en el grupo de WhatsApp un video grabado frente a las oficinas el día del cierre. Camiones de una empresa de destrucción de datos cargaban cajas enteras. “Están borrando todo”, escribió. Pero ¿qué era ese “todo”? ¿Nuestras decisiones? ¿Nuestros historiales? ¿O nuestras propias huellas biológicas en el sistema? Nadie lo sabía. Cuando preguntamos si esos datos se destruían o se conservaban, la respuesta fue el silencio. “Cien por ciento segura

que no borran nada”, dijo una excompañera. Al sacudirse nuestra presencia, la Empresa podía seguir haciendo dinero con nosotros, pero ahora con nuestros datos, cotizando en algún mercado invisible, alimentando otros algoritmos o usando esta información para imponer a otro monigote neofascista. Todo es posible.



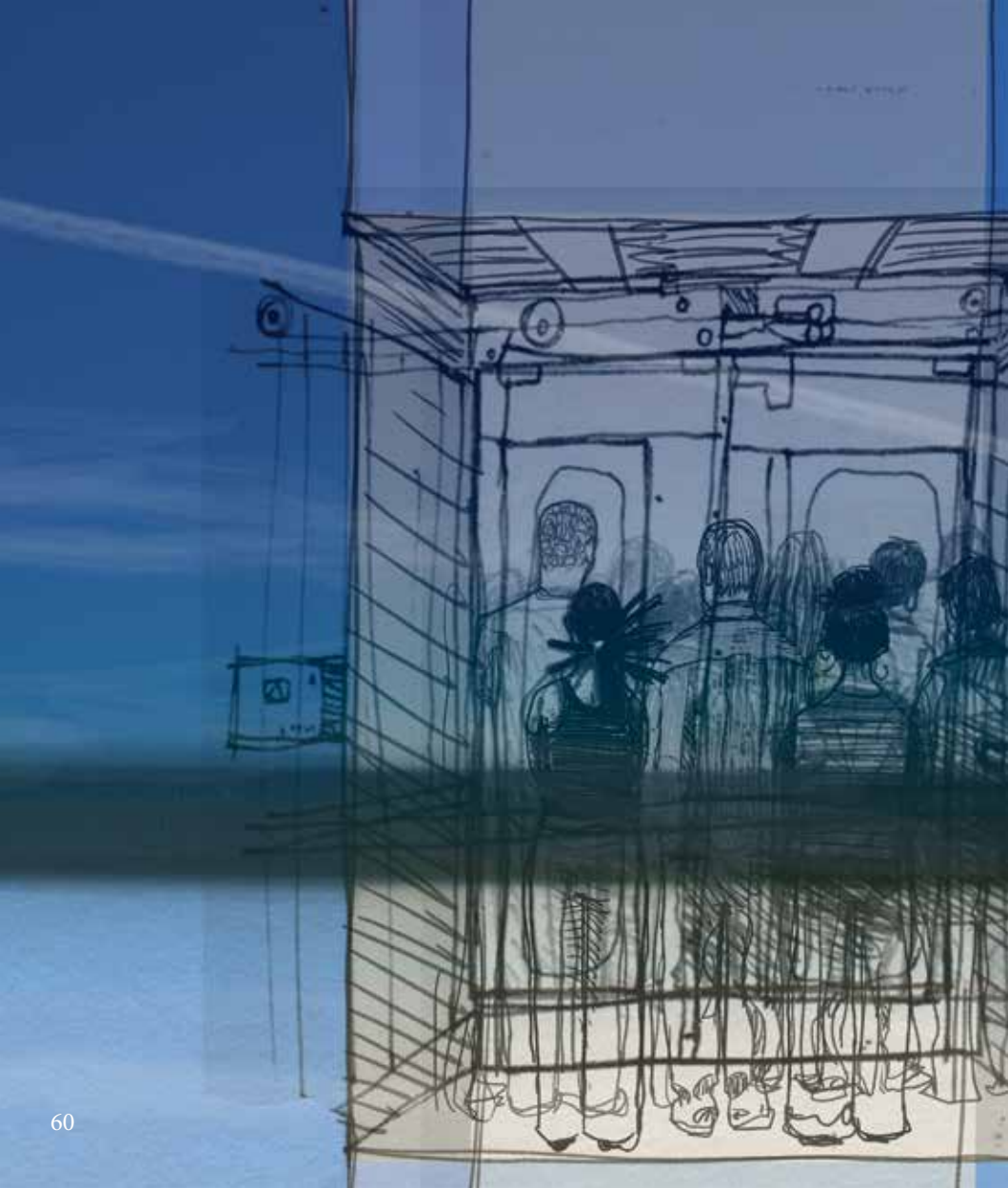




EN INTERNET TODO ES ETERNO

Una temporada fue brutal. Revisábamos cientos de videos diarios hasta que apareció uno especialmente detestable. Al principio parecía solo un bebé llorando, muy pequeño, podría ser casi recién nacido. Nada fuera de lo normal, pensé. Pero la cámara se movía, hacía un zoom, y entonces la escena se revelaba completa. No voy a describirla, pero era algo repugnante e involucraba a varios adultos y el bebé. Un puto asco. Cerré el video, lo borré, y al momento volvió a aparecer. El mismo archivo, con distinto usuario, una y otra vez, multiplicado por toda la plataforma. Lo eliminábamos, pero seguía ahí, como si el sistema se burlara de nosotros.

Un compañero y yo estábamos convencidos de que *el contenido no se estaba eliminando realmente*. Lo escalamos, pedimos hablar con un *senior manager*, indignados, fuera de control. No queríamos explicaciones técnicas, solo queríamos que ese material desapareciera de inmediato. Lo que recibimos fue una reprimenda. Nos acusaron de “hacer ruido”, de “dudar de los procesos”. Nada peor que mostrar humanidad en un lugar que se alimenta de cadáveres digitales.





EXPEDIENTE DE REGULACIÓN DE EMPLEO

En medio de todo esto, ocurrió un terremoto en el site. La empresa se declaró en ERTE, argumentando una reestructuración financiera que olía a podrido y anunció, sin anestesia, que 680 empleados verían suspendido su contrato. Nadie sabía cómo, por qué, ni siquiera si aquello era legal. Algunos medios olfateaban fraude.

Durante la pandemia de la COVID-19, el término ERE (Expediente de Regulación de Empleo) volvió a sonar con fuerza en España porque muchas empresas, paralizadas por el confinamiento o las restricciones sanitarias, no podían mantener a toda su plantilla. Sin embargo, el Gobierno promovió una versión “temporal” del ERE llamada ERTE (Expediente de Regulación Temporal de Empleo), que permitía suspender los contratos o reducir jornadas sin despedir a los trabajadores. Así, el Estado asumía parte del pago de los salarios a través del Servicio Público de Empleo Estatal (SEPE) y las empresas se comprometían a no despedir. En resumen: el ERTE fue el “salvavidas” que evitó millones de EREs definitivos en plena crisis del COVID-19, una especie de pausa forzosa del empleo en lugar de un despido colectivo irreversible.

Un ERTE es una medida de emergencia pensada durante la pandemia del COVID. Pero la situación de emergencia ya había pasado, nosotros ya habíamos vuelto al trabajo presencial. Era grotesco invocar extraordinariamente “por problemas financieros” una figura nacida en la pandemia. Igualmente, que una subcontrata de META, una de las empresas más poderosas del planeta, se escudara en problemas financieros sonaba a broma macabra, imposible de tragar sin vomitar. Pensamos que el gobierno no aprobaría el ERTE, pero no fue así. Y *lo que es peor, en un año se pasó del ERTE al ERE definitivo.*

La empresa se esfumó de un día para otro, dejando de operar el mismo día que Trump anunciaba su catarata de aranceles a prácticamente todo mundo en lo que llamó ridículamente *Liberation day*.

Mientras tanto, se han abierto demandas por **daño psicológico**. Nuestra carga aún se etiqueta como “enfermedad común”. Entre los demandantes, familiares de un trabajador colombiano que se suicidó, destrozado por el horror que la empresa metió en su vida. De los doce trabajadores iniciales que empezamos la demanda, hoy somos cerca de 400. Era vital perder el miedo. No sabemos qué conseguiremos tras años de espera, pero como dice el adagio: **quien ríe al último ríe mejor.**







2026





